

AINA ALBO PUIGSERVER  
INTERSTICIOS. DONDE EL SOL  
DIBUJA EL TIEMPO  
22.05-20.09.26

Texto curatorial. Sofia Moisés Pizà

¡Oh! Duerme. ¡Oh! Sol, mi vida estará  
sujeta a tus leyes  
y cerraré los ojos  
cuando desaparezcas  
Bella estrella de amor, bella estrella de embriaguez

*Les Mystères du Château du Dé* (Man Ray, 1929)

El tiempo ha sido objeto de reflexión desde que el ser humano tomó conciencia de él. Desde la filosofía clásica hasta la física contemporánea, numerosos pensadores han intentado definir su naturaleza y comprender su relación con el espacio. Con la teoría de la relatividad se demostró que tiempo y espacio no son magnitudes absolutas, sino dimensiones interdependientes. Paralelamente, aproximaciones más recientes han sugerido que la experiencia temporal no es solo una realidad física, sino también una construcción perceptiva: el tiempo vivido no coincide necesariamente con el tiempo medido. La memoria, la atención o la experiencia emocional alteran constantemente nuestra percepción temporal.

Desde hace milenios, el Sol ha sido el principal regulador de los ritmos humanos. Un año —aproximadamente 365 días y 6 horas— es, en realidad, el tiempo que tarda la Tierra en completar una órbita alrededor del Sol. La sucesión del día y la noche, el movimiento de las sombras, la variación de las estaciones o la inclinación de la luz han estructurado históricamente la vida cotidiana, los rituales y las formas de producción. Antes de la aparición de los relojes mecánicos, el tiempo se experimentaba como una realidad vinculada a los ciclos naturales y a la observación.

El Sol fue venerado por las principales civilizaciones antiguas como un dios benefactor: en Egipto se encarnaba en Ra; en la antigua Grecia, en Helios y Apolo; en la antigua Persia recibió el nombre de Mitra; los aztecas veneraban a Tonatiuh; en Perú adoraban a Inti; y en Japón, a Amaterasu. Los fenómenos astronómicos han sido uno de los acontecimientos naturales más observados por nuestros antepasados: las creencias, dichos y refranes relacionados con el Sol y la Luna son más numerosos que aquellos referidos a cualquier otro astro o planeta: «Cada día surt es sol, / tant surt per jo com per tu; / ell no se pon per ningú, / se pon perquè Déu ho vol.»<sup>1</sup>

La relación religiosa con el Sol se remonta a la antigüedad, del mismo modo que su estudio científico, gracias al cual surgieron el reloj de sol, el calendario solar o la teoría heliocéntrica. En

<sup>1</sup> Mas, Lluç (coord.). *Estimar l'astronomia. Manual per als amants de l'univers*. Palma: Edicions UIB, 2004, p. 437. [«Cada día sale el sol, / sale tanto para mí como para ti; / no se pone por nadie, / se pone porque Dios así lo quiere.»]

el mundo occidental contemporáneo, la forma de medir el tiempo proviene principalmente del calendario gregoriano, instaurado en 1582 para corregir los desajustes acumulados del calendario juliano romano. Así, el año quedó dividido en meses convencionales, semanas y días exactos, lo que permitió sincronizar la agricultura, el trabajo, la religión, la economía y la vida política.

Sin embargo, no todas las civilizaciones han concebido el tiempo del mismo modo. El calendario islámico es lunar: cada mes comienza con la aparición del primer creciente de la luna y el año tiene 354 días. El calendario hebreo combina el ciclo solar y lunar; el chino organiza el tiempo a partir de los movimientos celestes, los animales zodiacales y las energías estacionales. En la cosmología maya, el tiempo se entendía como una trama de ciclos que se repetían y se superponían. En la India, muchas tradiciones filosóficas piensan el tiempo en escalas casi infinitas, a través de grandes eras cósmicas que duran millones de años. Tal vez sea desde esa conciencia de nuestra pequeñez dentro del tiempo cósmico desde donde los versos de Antonina Canyelles –«Què hi fa si el sol se'ns menja el DNI, el capell i les sandàlies?»– adquieren una extraña lucidez.<sup>2</sup>

La relación humana con el Sol constituye, probablemente, el primer gran pacto simbólico con el universo. El Sol nos ayuda a definir una geografía existencial, a situarnos en el mundo y a entender nuestro lugar dentro del cosmos. Este vínculo entre experiencia humana y observación astronómica se hace especialmente visible en la forma en que medimos el tiempo solar: el día solar aparente –basado en la posición del Sol en el cielo– no coincide exactamente con el día solar medio usado por los relojes. Esta discrepancia responde a dos factores astronómicos fundamentales: la órbita elíptica de la Tierra y la inclinación de su eje respecto de su plano orbital. La diferencia entre ambos tiempos solares recibe el nombre de ecuación del tiempo y su valor puede superar los dieciséis minutos. Como consecuencia de ello, el instante en que el Sol alcanza el punto más alto del cielo varía ligeramente a lo largo del año.

La representación gráfica de esta variación es el analema: una curva en forma de ocho que describe la posición del Sol a la misma hora a lo largo de todos los días del año. Esta figura revela que el tiempo no es una línea estable y homogénea, sino una oscilación; una desviación sutil y continua. El analema se convierte así en una imagen que pone de manifiesto la propia variabilidad del tiempo.

La literatura y la historia del arte han abordado reiteradamente esta experiencia paradójica de la temporalidad. Filósofos, poetas, científicos y místicos han tratado los efectos de la luz solar como un elemento fundamental de la experiencia humana. Marcel Proust, por ejemplo, entiende la luz como detonante de memorias latentes y plantea una temporalidad expandida, construida por variaciones lumínicas, esperas, repeticiones y transformaciones casi imperceptibles. No es casual que *À la recherche du temps perdu* fuera escrita a lo largo de más de una década y revisada sistemáticamente hasta la muerte del autor. La propia estructura de la obra se convierte así en una forma de experiencia temporal acumulativa, lenta y fragmentaria.

Esta sensibilidad atraviesa gran parte de la cultura contemporánea, en la que la música ha continuado explorando la relación entre luz, memoria y conciencia del tiempo. Canciones como *Here comes the sun*, de The Beatles, *Sun it rises*, de Fleet Foxes, o *Sun in my mouth*, de Björk, entre muchas otras, evocan esta experiencia emocional y física de la luz como fuerza transformadora.

La historia del arte también ha tratado de representar la tensión entre permanencia y transformación. Desde las vánitas barrocas que nos recuerdan la fugacidad de la vida, los relojes astronómicos medievales, pasando por las investigaciones ópticas de la modernidad, los relojes blandos de Salvador Dalí, las series lumínicas de Claude Monet y las instalaciones de Olafur Eliasson, la relación entre luz, tiempo y representación atraviesa buena parte de las prácticas artísticas occidentales.

<sup>2</sup> Canyelles, Antonina. *Putes i consentits. Antologia poètica*. Barcelona: Lapslàtzuli Editorial, 2020, p. 131. [«¿Qué importa si el sol acaba devorando el DNI, el sombrero y las sandalias?»]

A principios del siglo XX, artistas y científicos empezaron a concebir la fotografía no solo como una herramienta de representación, sino también como un dispositivo capaz de revelar estructuras visibles del tiempo y del movimiento. Étienne-Jules Marey, a través de sus estudios cronofotográficos, logró registrar múltiples fases de un movimiento en una única placa fotográfica, convirtiendo la imagen en una condensación temporal. Este deseo de capturar lo fugaz, lo intermedio, aquello que habitualmente se escapa a la mirada, transformó profundamente la relación entre arte, ciencia y percepción.

En este contexto, Man Ray descubrió que era posible «dibujar con luz» mediante las rayografías: composiciones realizadas directamente sobre papel fotosensible con objetos transparentes y opacos, sin necesidad de cámara. Con esta técnica, retomaba un procedimiento fotográfico primigenio para explorar una relación directa con la luz y la materialidad de la imagen: «Por fin me he liberado del pegajoso material de la pintura, y estoy trabajando directamente con la propia luz»,<sup>3</sup> afirmaba el artista. La luz dejaba entonces de ser un instrumento para representar objetos y se convertía en materia activa de creación.

Esta voluntad de revelar lo imperceptible, de fijar rastros lumínicos y temporalidades invisibles, resuena de manera directa en la práctica de Aina Albo Puigserver (Palma, 1982). A partir de un gesto tan elemental como mirar el sol, Albo despliega una exploración visual en la que la luz se convierte en medida, materia y escritura del tiempo.

Concebido específicamente para el Espacio D de Es Baluard Museu d'Art Contemporani de Palma, el proyecto propone un desplazamiento que va más allá de los muros, de la ciudad y de lo visible, donde cada pieza funciona como un punto de orientación; un nuevo «usted está aquí» inscrito no en un mapa físico, sino en un mapa interno y abstracto del universo.

La exposición parte de una experiencia situada en el entorno inmediato del museo. Durante un ciclo anual completo, una cámara instalada en la terraza superior ha captado diariamente las variaciones del paisaje y la posición del Sol –coincidiendo siempre con el mismo tiempo solar, a pesar del cambio de horario oficial entre invierno y verano– para construir una imagen sostenida en el tiempo. Este registro continuado convierte el analema en una forma de observación basada en la constancia y la repetición. El registro sistemático de estas variaciones da lugar a una acumulación de fragmentos lumínicos que trasciende la mera documentación y funciona como una forma de pensamiento visual.

El analema se convierte en el hilo conductor de la exposición. La artista nos recuerda que esta figura astronómica solo existe en el devenir del tiempo; es una proyección del movimiento; una escritura luminosa que condensa múltiples momentos. Es en este punto donde irrumpe la noción de intersticio: esos espacios mínimos, frágiles y a menudo imperceptibles entre un instante y el siguiente, entre un punto de luz y su desplazamiento, se convierten en el verdadero territorio de investigación de la artista.

Albo entiende estos intervalos como lugares de aparición; grietas donde se revela una forma de conocimiento que no es inmediata, sino lenta y acumulativa. La exposición introduce así otra manera de habitar el tiempo: no como una línea continua, sino como una constelación de instantes.

Esta aproximación se traduce formalmente en un lenguaje visual de base geométrica que surge de una observación rigurosa de los fenómenos naturales. El círculo, las líneas de proyección, las trayectorias y las variaciones lumínicas no responden a un orden cerrado, sino a una estructura en permanente evolución. La geometría actúa aquí como una herramienta para aproximarse a lo variable y, al mismo tiempo, como una forma simbólica de las fuerzas que atraviesan el universo. Especialmente el círculo –forma primordial asociada al Sol–, que aparece como imagen de la eternidad; de una temporalidad sin principio ni final.

Los materiales utilizados –vidrio, madera, barnices y veladuras– sostienen un delicado equilibrio entre medida e intuición. No se trata tanto de representar un paisaje como de convertirlo en un espacio de meditación. El sol, entendido como agente físico y simbólico, y las formas

<sup>3</sup> Mundy, Jennifer (ed.). *Duchamp, Man Ray, Picabia*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya, 2008, p. 38-39.

esenciales del paisaje establecen un diálogo con la geometría sutil de los fenómenos lumínicos y atmosféricos. De este cruce germinan escenarios que fluctúan entre lo real y lo imaginario. Estas imágenes no remiten únicamente a paisajes observables, sino también a visiones posibles: instantes emocionales, recuerdos inexistentes, futuros imaginados.

La diversidad de formatos presentes en la exposición responde también a esta voluntad de construir una experiencia fragmentaria y expandida. Las obras de gran formato ofrecen una visión global, casi atmosférica, aunque exigen al mismo tiempo una observación cercana y lenta. Las pequeñas, en cambio, funcionan de una manera más íntima; son fragmentos, anotaciones visuales, páginas sueltas que permiten acceder a detalles específicos.

La propuesta expositiva se concibe como un paisaje instalativo en el que convergen pintura, escultura, luz e imagen en movimiento. El conjunto de piezas configura un recorrido fluido que permite experimentar el tiempo desde perspectivas diversas: la proyección, la variación lumínica, la sombra, la superposición y el documento observacional. La exposición se organiza en torno a un núcleo pictórico y a un dispositivo escultórico que articula el recorrido espacial.

Todas las obras mantienen entre sí una relación de continuidad y complementariedad. Los elementos visuales reaparecen de una pieza a otra como si viajaran entre superficies. Algunas formas que solo se intuyen en una obra se revelan plenamente en otra. Este sistema de correspondencias genera una lectura cruzada en la que cada pieza modifica la percepción de las demás.

El cristal adquiere una dimensión central: es superficie transparente, filtro, membrana y dispositivo óptico. Mirar a través del cristal es asumir que toda percepción está mediada por la luz y, por tanto, también por el tiempo. Nada se muestra de forma absoluta; toda visión es una aparición condicionada por el ángulo, la incidencia lumínica, la transparencia. Las sombras proyectadas en la instalación funcionan como registros de una presencia lumínica que fija lo efímero.

El tríptico Invisible i visible: analemes, dedicado al analema, ocupa una posición especialmente significativa dentro del proyecto. La obra articula tres dimensiones temporales vinculadas al pasado, el presente y el futuro. El panel central recoge el analema actual, resultado de la observación continuada del sol a lo largo de un año. A la izquierda se presenta una variación histórica e imaginaria del analema, basada en la idea de que la figura dibujada por el sol hace milenios no era igual que la actual. El lateral derecho, en cambio, representa un analema aún por venir, la figura hipotética que podría dibujar el sol dentro de miles de años. Las tres versiones del analema funcionan como proyecciones temporales que nos recuerdan la mutabilidad de todo lo que nos rodea.

La artista ya había explorado anteriormente esta tensión entre tiempo, memoria y futuro imaginado. Un futuro que todavía no existe porque aún no ha sucedido, pero que habita plenamente nuestra imaginación. El analema del futuro se convierte así en una forma de proyección hacia un tiempo que la artista nunca vivirá, aunque pueda imaginarlo en múltiples versiones.

La dimensión escultórica de la exposición gira en torno al cristal y a la proyección lumínica de la instalación que da título a esta muestra, Donde el sol dibuja el tiempo, y que profundiza aún más en esta reflexión: por un lado, articula la reconstrucción material de un fenómeno astronómico y lumínico; por otro, la manifestación de lo intangible y lo emocional. La luz aparece aquí simultáneamente como materia física y como fenómeno transitorio.

La precisión técnica con la que está construida esta obra pone de manifiesto la importancia de la planificación dentro del proceso creativo de Albo. Sus conocimientos de grabado y escultura se hacen visibles en el tratamiento del vidrio mediante arena proyectada con compresor. Esta técnica requiere una preparación minuciosa que permita prever las distintas capas de profundidad y transparencia de la composición. Algunos detalles de línea fina han sido trabajados con ácido, generando sutiles variaciones en la densidad lumínica. De este modo, el lenguaje formal de las piezas bidimensionales se traslada al espacio tridimensional.

La luz —procedente del Sol, la Luna, los relámpagos o las estrellas— actúa como la verdadera materia del proyecto. Todo queda transformado por su incidencia: los espacios, los objetos, las superficies y también la percepción emocional del paisaje.

La serie «Dins el paisatge» reúne distintas escenas procedentes de las imágenes registradas por la cámara situada en la terraza del museo: tormentas eléctricas, rayos filtrados por las nubes, apariciones de parhélías,<sup>4</sup> movimientos lunares, desapariciones y reapariciones estelares. Son momentos extraordinarios que emergen de un ejercicio sostenido de observación y que posteriormente quedan condensados en Paisatges dins el paisatge, la gran pieza mural de la exposición.

Esta obra de grandes dimensiones establece una superposición temporal basada en la sucesión de acontecimientos registrados a lo largo de un año solar, como si el tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo. Momentos vividos y no vividos conviven simultáneamente dentro de un mismo espacio visual, quebrando la linealidad temporal con la que habitualmente estructuramos la realidad. El proceso permite observar transformaciones a menudo difíciles de percibir: el lento desplazamiento del Sol en el horizonte, la sucesión de los relámpagos durante una tormenta o las variaciones mínimas de la luz.

Para la realización de esta gran pieza, la artista construyó un compás casero de casi tres metros de radio, convirtiendo así el gesto geométrico en una experiencia física y corporal. Esta relación entre cuerpo, escala y tiempo recorre buena parte de su práctica. El tiempo es, de hecho, una preocupación recurrente en su obra; la forma que adopta para nosotros, la conciencia de nuestra finitud y el modo en que condiciona nuestra experiencia del mundo.

La relación con los materiales constituye una parte esencial de esta aproximación. Albo mantiene un vínculo muy físico con la madera, un material que considera vivo y cargado de memoria. Progresivamente ha ido reduciendo las coberturas opacas para permitir que la materialidad del soporte permanezca visible. Los barnices y las veladuras crean sutiles profundidades y permiten que la superficie conserve sus irregularidades, sus vetas y su propia expresividad.

La geometría ocupa un lugar central: los círculos, las líneas y las trayectorias se construyen a partir de un dibujo técnico preciso realizado con reglas y compases. El color, en cambio, se define de manera progresiva durante el proceso de trabajo. La pintura se construye gradualmente, en diálogo constante con el soporte y con las transformaciones que la propia obra va sugiriendo durante todo el proceso. A la hora de pintar, la artista trabaja únicamente con pincel y asume la pausa como parte fundamental. La lentitud se integra como método: evitar la precipitación y asumirla como una forma de atención significa aceptar que las imágenes necesitan su tiempo para emerger.

El proyecto se completa con una caja de registro, un contenedor físico que reúne fragmentos del material generado a lo largo de todo el proceso: apuntes, dibujos, fotografías, pequeñas muestras de materiales y documentación. Un archivo único que sintetiza las múltiples capas de la investigación y hace visible su dimensión acumulativa.

Las formas presentes en «Intersticios. Donde el sol dibuja el tiempo» desbordan el cubo expositivo y se expanden más allá de la arquitectura para desplegarse como una experiencia de duración. Las obras configuran un lapso temporal desde el que reconectar con el entorno y con nosotros mismos, aunque solo sea durante unos instantes. Nos sitúan en un espacio de tregua y de atención, desde donde imaginar cómo sería viajar con la luz y a través del tiempo; un lugar donde es posible observarlo todo, incluso las variaciones más ocultas y delicadas del mundo.

4 También conocido como «falso sol», la parhelia es un fenómeno óptico atmosférico producido por la refracción de la luz solar al atravesar cristales de hielo hexagonales suspendidos en las nubes. Se manifiesta en forma de uno o dos puntos luminosos situados a ambos lados del Sol, a la misma altura sobre el horizonte.